Espejos

Tania Carrera

−2

El génesis está dibujado en las
pupilas,
Las tuyas, Madre, fueron mi primer
espejo.

Nazco cada vez que me miro,
mi nombre se escribe con las líneas,
los rasgos.
Mi cara se aparece cada vez que me
nombro.
Se preñan uno a otro mis emblemas.

Tu vientre es la costa pulida.
Muéstramelo,
porque ya no recuerdo mi primera
cara
y me construyo recogiendo los
pedazos.

La mente juega entre los huecos
de lo que no sabe,
entre lo que se va escribiendo con los
lápices de otros.

Hablo de todas mis vidas,
mis lenguas,
mis manos.
Hablo de mí
como la gota que se aferra al
encuentro de más agua,
la luz que busca la rendija para huir
de sus opuestos.

Así que muéstrame
el álbum en que nos guardas.
Hemos nacido de la piel y la luz
innumerables veces.
Somos dientes de luz, ojos de luz
y papel.

Muéstranos.
Recordar es el trabajo eterno para
formar mi paraíso.

La gestación es aritmética milagrosa.
Figuras de dios,
las células son fractales que se
extienden hasta delinearnos.
Vengo de la sangre en la sangre,
la exacta geometría de lo convexo
en la profundidad casi eterna de lo
cóncavo.

La flor del parto
es infinita:
una explosión que retrocede
hasta las venas.
La cicatriz de una espiral
que se vuelca hacia el pasado.

Esa flor está en tus ojos.
Tu nacimiento, también florece en
mis pupilas.

– I

Esa casa eran ellos,
mi madre y sus plantas interiores,
mis hermanos y su música distinta
sonando al mismo tiempo,
mi padre y todas las paredes
pobladas de color.

Esa casa era la teta enrojecida
de nuestra perra:
la imagen misma de todos los inicios.

Yo nunca la fui,
nunca tuvo mi cara como frente.

Pero miré a mis padres
quitarse la piel y descolgar cortinas,
cortarse los brazos y llevarse los
sillones,
la estufa, los pies, nuestras camas.

Los vi cerrar la puerta,
ya casi sin saber quiénes eran.

La casa es el rostro de los hábitos.

Cuando nos fuimos cerré los ojos,
cuando los abrí todo me cegó.

Respiré rojo,
hablé rojo,
corrí entre calles rojas.
Las manos del clima
eran el resoplar de un toro
enfurecido.

Nos recibió
una casa desnuda,
con los órganos revueltos.
Suspendida,
esperando a que llegáramos
para nombrarla casa nuevamente.

Era blanda,
amasada por el sol
que se colaba entre los árboles de
mango.
Tenía ventanales que dejaban entrar
todas las plantas, los pájaros, los
insectos.
En ella había espacio
para que todos nos construyéramos
un nuevo rostro.

Tuve la piel de cal, de vidrio,
de nuevos muebles tallados con mi
nombre.
Undostrespormí.
Ahí enterré los huesos de mi infancia
que fueron en cada esquina
castillos de calcio en retroceso:
yo crecí y la casa se hizo más
pequeña.
Se convirtió en una cara perdida en el
pasado.

Yo fui Revolución del Sur Número
Ocho.

La carretera revivió
bajo nosotros.
Lejos,
el mar de oro se abría paso por la
noche,
brillaba inmenso en su cuadrícula
desordenada.

Llegamos y entonces escuché:
los cláxones son trino convertido en
estalactita.

Avalancha de asfalto contra el ojo.
Una sobre otra,
las ventanas atraparon
al contagioso milagro de los
interiores.
Uno encima de otro, enterrando al
otro,
todos los secretos con rostros de
cortinas.

Al llegar, la hoja comenzó a caer,
y todo fue firme
y mis pasos ya no rebotaron.

Hubo demasiada gravedad en el
jónico,
desde la vieja Atenas con todas sus
columnas,
hubo demasiada gravedad en nuestro
cambio.

Caí larga,
cortando el aire con los pies.
Cayó la hoja,
caímos todos,
endurecimos.
El tallo se quebró como un espejo
mostrando las raíces.

La ciudad es siempre mi principio,
siempre un espejo quebrado:
líneas, cables, tendederos,
luego
mil ojos,
mil bocas,
el rostro descompuesto.

Y no volvió a ser lo mismo adentro
que afuera
porque afuera todo se revuelve,
y adentro nunca hay suficiente
espacio.

Todo fue luz,
sin fotosíntesis.
Florecieron los rascacielos,
más iluminados que la luna que
sostienen:
un espejo carcomido.

Aquí sólo la polea y la máquina
nos regresan hacia las ramas,
hacia el trino y el vuelo,
sólo la ecuación de la electricidad
nos eleva como fruto nuevamente.

Una se mira fragmentada,
siempre al aire,
a la caída libre.
Una se mira en la atracción eterna
contra el suelo,
en el aire débil que es la única salida,
en el cielo, más allá, más lejos,
que se quiebra tras la ventana.

Hay cinco cielos después de la
seguridad,
hay un pájaro que es dos,
un árbol que extraña sus mitades:
esta ventana es un cielo
partido por barrotes.
Me miro en la hoja que cae
cruzándolo todo,
que cae cortando al cielo, al aire,
que cae, convertida en pavimento.

Yo soy la ciudad
y aún a ella me dirijo,
glorieta que conduce a todos mis
rostros
que se quiebran y se multiplican
dentro de sí mismos.

I

Esta búsqueda es larga
como las sombras al pie de un faro.
En una playa de rostros,
la ola despepita tu volumen.
Rompe la sal contra tu cara.

No basta lanzar una palabra
y esperar a que alguien llegue
para tomarla como suya.

Rompen las olas.
El tiempo se lleva arena,
deja la espuma, desaparece.
Cada ola se traga
y vuelve a iniciar:
el círculo es una coincidencia infinita,
irreparable;
sólo deja espuma que se cuela
lentamente, inevitablemente,
entre los espacios en blanco,
los silencios,
los errores.
No funde nada.

Regla de búsqueda:
escarbo entre la multitud.
Un hormiguero de fracciones,
guarda lo desconocido,
aquél grano de arena
que dejé caer en las playas de la fe.

Los tengo bajo las uñas,
detenidos en los pliegues de la ropa.
Arena dentro del zapato
rapando a la piel en cada movimiento,
exigiendo el agua,
huyendo del exilio que les otorgo.
Rostros: una fricción estéril.
Todos buscan el origen,
todos, tarde o temprano,
se alejan de mi memoria
y vuelven a su origen.
Hay un espejo perdido entre las
sombras.

2

Esta ruta no tiene reversión,
es la línea de choque,
el punto de fuga que proyecta mis
adentros.

Es la aurora.
El caos doblegado ante la luz:
Nada se refleja en un espejo
si su otra cara no está oscura.

Escribir concreta
la velocidad del mundo.
Es la lija y la pala,
la tierra que brota de mi lengua,
la voz que se entierra en los
suburbios de mi fe.

Todo concluye en los mismos bailes,
en las mismas notas, nada cambia:
Escribir un salmón
con escamas de alfabeto.

Las letras se contraen en el centro de
la hoja,
su negrura mancha el centro de la
hoja,
escurren sobre las otras.

Se derrama la voz en mi retrato,
luego, la explosión de otras voces en
mis manos,
el génesis en la pupila.